

Un autor austriaco encuentra imperdonable la conducta del duque de Holstein, general prusiano, que estaba con 8,000 hombres en Strehlen y podía y debía haber atacado al ejército de Neipperg en su retirada á Neisse, pues que aquella poblacion está solamente á tres horas de Grottkau, donde pasó el ejército austriaco aquella noche. Pocos dias antes estando con su division en Frankenstein habia dejado pasar tambien sin atacarlo al general Lentulus que se le acercó al irse á reunir con Neipperg en Neisse. Parece, juzgándole benignamente, que tenia la constante desgracia de no recibir las órdenes de su soberano cuando se trataba de sucesos importantes para la causa prusiana. Cuando todo el mundo oyó en Strehlen los continuos disparos de artillería por la parte de Mollwitz, tampoco los oyó él; y en efecto, aunque no hubiese llegado á sus manos la órden que el rey le envió, habria sido bastante el estruendo de la artillería para suplir todas las órdenes y hacerle mover.

La pérdida de los austriacos, á pesar de su retirada feliz, fué muy considerable. La caballería tuvo 638 individuos muertos con 30 oficiales, 537 heridos con 65 oficiales; 1,017 caballos muertos y 699 heridos; en la infantería hubo 392 individuos muertos incluso 26 oficiales, 2,328 heridos entre ellos 106 oficiales y 1,448 extraviados. La pérdida total subió pues á 5,343 hombres. Mayor fué la de los prusianos que el mismo rey Federico calculó en 2,500 muertos, entre ellos un primo suyo, el margrave Federico y el general Schulenburg, y mas de 3,000 heridos. La oscuridad fué causa de que las pérdidas austriacas no subieran á mayor número; pero ni esta diferencia favorable á ellos, ni las tres banderas y siete cañones que dejaron en poder de los prusianos podian compararse en importancia con la inmensa impresion moral que produjo en ambos ejércitos esta primera batalla librada entre el Austria y la Prusia, porque no fué decidida ni por el talento y pericia de los generales, ni por ninguna de las innumerables contingencias imposibles de prever que se burlan de los mejores planes, ni por ninguna casualidad imprevista, sino única y exclusivamente por la incomparable conducta, disciplina y valor de la infantería prusiana que restableció la batalla perdida ya, y arrebató al enemigo la victoria que tenia ganada. El secreto de este resultado nos lo enseña en pocas y conmovedoras palabras aquella carta del oficial austriaco que copiamos antes.

Cuando el rey Federico habla en sus obras con orgullo de estos «baluartes ambulantes», lo hace pensando en su fácil y exactísimo manejo, y que obedecen á la voluntad del que los dirige como el timon de una nave al timonel; pero en Mollwitz la infantería prusiana dió pruebas de otro mérito mucho mayor, porque allí no habia voluntad ni mano que la dirigiera; la direccion general ya no existia, y sin embargo trabajaron estas máquinas vivas como un buen reloj una vez que se le ha dado cuerda; mostrándose inquebrantables en la resistencia, irresistibles en el ataque y capaces de enmendar las faltas mas graves de su director estratégico.

El destino por uno de sus insondables caprichos quiso que el rey no viera el bautismo de fuego de sus granaderos. Al abandonar el campo de batalla se habia dirigido á Oppeln, capital de la Silesia alta despues de Breslau que es la general de toda aquella provincia. Al llegar allí á media noche, fué recibido con su pequeño séquito á tiros, porque un destacamento de caballería austriaca habia ocupado entre tanto la ciudad, y á la aproximacion de enemigos salió é hizo prisioneros á algunos del acompañamiento del rey, entre ellos á Maupertuis; mas el rey se escapó gritando á los jinetes austriacos: «Abur, amigos, voy mejor montado que vosotros.» Los tiros no le acertaron en la oscuridad, y á la madrugada llegó á Loewen, donde un edecan del príncipe de Dessau

que le estaba buscando le comunicó la noticia de la victoria. En sus «Memorias» no habla de este suceso; pero jamás perdonó al general Schwerin la precipitada fuga á que le habia inducido.

«No perder nunca la esperanza», fué una de las cosas que aprendió en Mollwitz; y él mismo dice en su «Historia de mi tiempo»: «Mollwitz fué mi aprendizaje; medité seriamente sobre los errores que cometí y supe sacar provecho de esta enseñanza.» Para que se vea cuán severa y francamente se juzgó y criticó á sí mismo, merece consignarse aqui lo que escribió en la citada obra respecto de esta jornada de Mollwitz: «De esta relacion, dice, resulta que el Sr. de Neipperg y yo hemos trabajado á porfia por saber quién de los dos cometería una torpeza de mas bulto. Los austriacos nos ganaron en las disposiciones, y nosotros á ellos en la ejecucion. El plan de Neipperg estaba bien meditado y era acertado: penetra en Silesia, nos separa y fracciona, socorre á Neisse y está finalmente á punto de apoderarse de nuestro parque de artillería en Ohlau; pero habria debido coparme en Jaegerndorf con lo cual acababa de un solo golpe; además en Neisse podia copar toda la division del duque de Holstein; con un poco de vigilancia pudo haberme impedido el paso del rio Neisse cerca de Michelau, ó cuando no, debía haber marchado noche y dia para tomar á Ohlau con el parque y los almacenes, y cerrarme el camino de Breslau; pero en lugar de esto se dejó coger completamente descuidado y fué derrotado por su propia culpa.

»Mi conducta fué no obstante mas vituperable. Me informan en tiempo hábil de los planes del enemigo y no tomo ninguna disposicion para inutilizarlos; distribuyo mis fuerzas en alojamientos demasiado distantes entre sí para volver á reunirlos con rapidez; me dejo cortar la comunicacion con el duque de Holstein y me quedo en una posicion donde en caso de ser atacado no tengo retirada posible, exponiendo mi ejército á ser copado. Llego á Mollwitz, donde encuentro al enemigo acantonado tranquilamente y descuidado, y en lugar de atacarle en seguida para impedir que se reunan sus fuerzas, distribuidas en diferentes pueblos, y capturar cada division por sí, pierdo dos horas para formar mi linea de batalla metódicamente en frente de una aldea en la cual no se veia ningun austriaco. Si yo hubiese atacado al momento, habria copado toda la infantería enemiga en las aldeas al rededor de Mollwitz como se hizo con aquellos 24 batallones franceses en la aldea de Blenheim. Realmente el único general perito en el ejército era el feldmariscal Schwerin; los demás iban completamente á oscuras y creian que apartándose de los usos antiguos todo estaria perdido. Si á pesar de esto nos salvamos, se debió á la rapidez de nuestras resoluciones y á la extraordinaria exactitud con que la tropa las ejecutó.» Al rehacer despues este trabajo puso: «Lo que en definitiva salvó á los prusianos fué su valor y disciplina.»

La parte contraria, el Austria, se llevó de Mollwitz la conviccion de que su mejor arma, la única realmente excelente que tenia, su caballería, se habia mostrado impotente contra la muralla viva de los granaderos prusianos, despues de haber deshecho á la primera embestida la caballería de estos, y que desamparada por su infantería, á duras penas pudo cubrir la retirada. Neipperg perdió la fe en la infantería austriaca y propuso tomar á sueldo 10,000 sajones y aun mejor rusos, añadiendo que serian necesarios muchos años para rehacer la infantería austriaca y acostumarla á la disciplina. No obstante, esta misma infantería combatió despues brillantemente contra los bávaros y franceses; y es que solo era inferior en frente de la prusiana. En Viena se la disculpó alegando en su favor que los batallones habian llegado cansados y sin aliento al sitio de la batalla despues de haber marchado

desde sus alojamientos distantes y separados una hora á paso de carga, y llegado que hubieron, antes de poder resollar, recibieron ya las descargas de la artillería prusiana, circunstancias que habrian dejado suspensa á cualquiera otra tropa. Un escrito de un oficial austriaco encontrado entre los papeles de la embajada inglesa de Dresde penetra mas en el fondo del asunto porque dice: «Considérese lo que significa cuando al entrar en campaña se han de dar los galones de sargento repentinamente á 30 ó 40 aldeanos ignorantes y miserables que no saben una letra, ni siquiera manejar un arma, y además sacados de Bohemia, Carintia ó del Friul, donde no entienden una sola palabra del aleman. A esto hay que añadir que los individuos son reclutas que á lo mas tienen cuatro meses de servicio, que jamás han disparado un tiro ni conocen todavía el manejo del arma; porque por un sistema de economía suicida está vedado gastar pólvora en los ejercicios de tiro, y en una circular increible del consejo superior de guerra de la corte se prohíbe hasta hacer ejercicios para instruir á la tropa, porque el soldado se cansa cuando despues de tantas fatigas y enfermedades necesita mas bien reposo; y por lo mismo se dice que es preferible aguardar tiempos mejores para mortificarle con ejercicios. Por curiosidad guardo una de estas circulares. Mas de la mitad de los soldados de Neipperg no habian disparado un tiro en su vida; y finalmente hay que tener bien presente que todas las disposiciones en el ramo militar desde la muerte del príncipe Eugenio, proceden no de personas inteligentes en milicia sino de escribientes y gente que nada han tenido que ver jamás con las armas. Mas lo peor de todo no es aun esto, sino la malísima calidad del armamento, capaz de hacer un cobarde del hombre mas valiente, cuando observa que su fusil para una vez que dispara falla cuatro ó cinco veces. Fusiles que cuestan á 4 florines la pieza (unas 8'50 pesetas aproximadamente), de cuyo precio el fabricante ó contratista ha de pagar todavía una buena comision al protector que le procura la contrata, ¿qué especie de armas pueden ser?»

Sabiendo esto, se comprende muy bien porqué Neipperg renunció á la ofensiva y se concentró detrás de los baluartes de Neisse aumentándolos, mientras Federico II emprendia desde su campamento cerca de Mollwitz el ataque de Brieg, que se rindió el 4 de mayo; al paso que ejercitó é instruyó mas su caballería para elevarla á la altura de la austriaca. En 17 de mayo dió esta arma pruebas de lo que habia mejorado en tan corto tiempo, porque se mostró brillante en la accion que sostuvo aquel dia contra la austriaca, distinguiéndose tanto su comandante graduado Ziethen con sus húsares, que el rey le ascendió en el mismo campo de batalla á comandante efectivo, disponiendo además que en adelante el regimiento se llamara *Ziethen* como su jefe.

Entretanto habian acudido varios diplomáticos al campamento del rey, primero los franceses, el marqués de Valory con el mariscal de Belleisle; luego el hanoveriano Schwichelt y el inglés lord Hyndford; pero antes de hablar de los negocios que llevaban, trasladaremos aquí la descripcion que dos de ellos nos han dejado de la persona de Federico II, cuya diplomacia y cuyas operaciones militares son aun hoy motivo de estudio para los que siguen estas carreras. El mariscal de Belleisle quedó asombrado cuando vió en Federico un rey tan diferente de los que habia visto hasta entonces, y que á la vez era militar, general en jefe, y director del ramo de guerra; un monarca que lo comprendia todo y cuidaba de todo personal y directamente. Véanse sus propias palabras: «...No solo manda en persona el ejército como cualquier otro general, sino que se cuida tambien de todos los ramos accesorios y de administracion que en nuestro país incum-

ben al aposentador general de la caballería y al *mayor general*, á saber, las provisiones, la artillería y el ramo de ingenieros militares. El plan de ataque de la plaza de Brieg es obra suya. Se levanta á las cuatro de la mañana, monta á caballo y visita todas las guardias y todos los alrededores del campamento. El mismo da las órdenes é instrucciones á los oficiales, cualquiera que sea su grado, y él es quien recibe todos los partes y noticias. Hasta los desertores y espías le son presentados, y él los examina, conforme he visto con mis propios ojos anoche y esta mañana. No se quita las botas desde que se levanta hasta el momento de acostarse. Lleva el uniforme usual azul y solo se distingue por su placa de condecoracion y las charreteras algo mas ricas que las de sus edecanes. Su hermano, el príncipe Guillermo, y todos los generales en jefe no se ponen mas traje que el uniforme sencillísimo con una levita ó casaca tan corta que parece una chupa. La disciplina, la reglamentacion y la puntualidad en el servicio son llevadas á un grado que no habia sospechado, no obstante venir ya preparado para admirarlas; el duque de Holstein, primer teniente general del ejército, me ha dicho que durante ocho meses del año no se apartaba ni un solo dia de su regimiento, al cual habia conducido desde Königsberg á Silesia; otro teniente general que acaba de ingresar con su regimiento de caballería en el campamento me ha dicho que él hacia lo mismo. Si tanta puntualidad observan los generales, los príncipes y el mismo hermano del rey, puede imaginarse la que reina entre los oficiales inferiores, porque el hermano del rey cumple con las obligaciones del servicio como el último oficial del ejército. Respecto de la clase de tropa hay que confesar que se compone de individuos de proporciones bellísimas y casi imposibles de creer.»

La imagen que Federico habia trazado, cuando era todavía príncipe heredero, de un rey modelo de una nacion guerrera en su «Refutacion de Maquiavelo», la habia realizado en su persona y era una verdadera maravilla para un francés que acababa de llegar de la corte de Luis XV, de modo que aquel fastuoso cortesano se creyó trasladado repentinamente entre espartanos. Tan diferente le pareció el rey de Prusia de lo que habia oido de él cuando todavía era príncipe heredero, y tan distinto de un rey francés, que ni siquiera vió la parte francesa del carácter del rey, mientras el observador aleman á quien vamos á dejar hablar, vió mas esta última parte, diciendo que á no saber positivamente lo contrario, cualquiera le tomara mas bien por francés que por aleman.

La otra descripcion de la persona de Federico II es del baron Schwichelt; y parcial é incompleta como es, á causa de la naturaleza del asunto que motivó su visita en marzo de 1741, y á consecuencia tambien del ningun éxito que tuvo, demuestra que el rey le hizo una impresion profunda. «Respecto de su persona, escribió, ha de convenir todo el mundo en que presenta muchas cualidades bellas; su fisonomía es agradable; le favorece muchísimo su pelo castaño oscuro, que por lo comun lleva atado en coleta y rizado con muchísimo cuidado á la moda francesa y casi siempre muy empolvado. Cuando se rie, toma su boca una expresion tan amable que anima á la persona mas tímida á hablar francamente con él. Sus ojos como su cabello tiran mas al color negro que al castaño, y su mirada es tan penetrante y viva, que se conoce luego que en aquel cuerpo hay una alma elevada y activa. El color de la cara es muy moreno y tostado del sol y el cutis apergaminado y duro por efecto de la intemperie, á la cual se expone tanto en invierno como en verano, no temiendo ni al frio mas duro ni al calor mas abrasador. Solo sus manos son blandas y blancas, y tiene en ellas cierta vanidad cuidándolas con particular solicitud mas de lo que

corresponde á un guerrero. Siempre las lleva con guantes y los dedos cargados de sortijas de mucho precio. Su estatura es mediana y mas bien pequeña que grande; pero es bien proporcionado, y su porte y ademanes anuncian al hombre hábil y diestro en todos los ejercicios corporales como la equitación, el baile, etc. Su andar muy ligero, unido á cierta dejadez en el modo de llevar la cabeza, le denunciarían aunquese disfrazara del modo que quisiese.»

Muchas particularidades que le distinguían cuando era todavía príncipe real habían desaparecido completamente en el rey; si antes era hombre elegante y amigo de los placeres, despues cuando rey fué un modelo de antigua sencillez en todas sus costumbres. Solo se le vió, desde entonces, sin variación, vestido con el uniforme de su regimiento, con un sombrero galoneado de oro y adornado de una pluma de

avestruz, conforme había prescrito que lo usasen todos sus generales. Antes era aficionado á tener una mesa exquisita y dispendiosa; pero hasta en esto cambió de vida, «y, dice el mismo Schwichelt en su descripción, no exagero si añado que con frecuencia carece de lo mas indispensable. Come poco, y parece que en vez de comer no hace mas que probar los manjares: los platos que le sirven ahora son de los mas comunes y guisados de la manera mas sencilla, mientras antes solo quería cocina extranjera muy artística y refinada.»

En el trato del rey descubrió el mismo diplomático al hombre de sociedad perfecto de la escuela francesa, pudiendo, dice, servir de modelo por sus maneras francesas finas y elegantes; tanto que cualquiera que no le conociese le tomaría forzosamente por un francés completo, y no por un alemán.

LIBRO CUARTO

LA GUERRA DE SUCESION DEL AUSTRIA

I. — LA MEDIACION INGLESA

No se hacía ninguna ilusión el rey Federico respecto de la buena voluntad de las potencias todas, sabiendo muy bien que ninguna había de ver con buenos ojos un aumento territorial del reino de Prusia tan considerable como era la Silesia. Solo una entre todas, la Inglaterra, no tenía ningún interés que la impidiera reconciliarse con el hecho consumado de la conquista, y servir de mediadora para el restablecimiento de la paz, cuando no antes, por lo menos despues de la jornada decisiva del 10 de abril, aunque no fuese sino para evitar una guerra general, en otro caso inevitable. Confiando en la exactitud de esta consideración, habíase dirigido Federico II, antes que á ningún otro soberano, á Jorge II de Inglaterra. Antes que ninguno de los diplomáticos extranjeros residentes en Berlín, afanosos de saber á dónde irían á parar los armamentos del rey, pudieran averiguar nada de aquellos movimientos que espiaban con toda la sutileza de su oficio, y hasta antes de recibir al enviado austriaco marqués de Botta, había escrito Federico al rey Jorge en 4 de diciembre de 1740, una carta notabilísima, en la cual le descubría, en pocas pero precisas palabras, todo su plan, solicitando la mediación de Inglaterra cerca de la corte de Viena, y diciendo que hacía entrar su ejército en Silesia porque estaba persuadido de que luego habría una verdadera puja de pretendientes al total ó parte de la herencia austriaca, y que si él no les tomaba la delantera vendrían otros que echarían mano de la Silesia, sobre la cual, es decir, sobre la mayor parte de ella, su casa tenía derechos legales é incuestionables; sin contar con que este país por su situación geográfica estaba destinado á ser el baluarte de los territorios prusianos limítrofes. Con la Silesia, le decía, le bastaría y no pretendía mas, ni tampoco quería la ruina del Austria, sino mas bien la conservación y prosperidad de esta monarquía, á cuyo fin estaba pronto á ingresar en una alianza colectiva y estrechísima con Inglaterra, Holanda, Austria y Rusia, cuyo objeto fuese conservar el equilibrio europeo, proteger la organización existente del imperio germánico, defender

contra cualquier enemigo las posesiones alemanas de la casa de Austria é interesarse en la elección del duque de Lorena para emperador de Alemania. Para compensar los sacrificios que infaliblemente le habían de imponer estos compromisos consideraba la Silesia como una indemnización modesta, y mucho mas si cedía algo en sus pretensiones sobre los ducados de Julish y Berg, lo cual indispensablemente había de ser muy del gusto no solamente de Holanda sino también del Austria. Atendido todo esto solicitaba pues la pronta cooperación de la Inglaterra en la corte de Viena, á fin de que esta se entendiera con la Prusia sobre la cesión de Silesia; y concluía diciendo que no se le ocultaba que su empresa era en extremo arriesgada, pero que la miraba el único medio de salvación de la Alemania en vista de los nuevos compromisos que el Austria estaba á punto de contraer con la Francia. En el mismo sentido había dado instrucciones al capitán Andrié que se presentó en Londres el día 6 enviado por él, y su ministro residente en aquella capital, el conde Truchsess, las recibió fechadas en 12 del mismo mes, con la diferencia de que Andrié debía hablar también de los intereses de la religión protestante, y el embajador tenía encargo de hacer entrever á los ministros hanoverianos de Jorge II, por supuesto bajo el sello del mas profundo secreto, la perspectiva de cesión de ciertos distritos meklemburgueses al Hanover y de la secularización del obispado de Osnabruck á favor de la corona hanoveriana en pago de sus buenos oficios si se lograba la cesión de la Silesia sin derramamiento de sangre.

Faltaba saber si en este asunto estaban de acuerdo los intereses de Inglaterra con los del Hanover personificados todos en Jorge II, y en caso afirmativo, si los intereses de Inglaterra y Hanover estaban en favor ó en contra de la Prusia. Por una casualidad enteramente excepcional como veremos, aquellos intereses se encontraron del lado de la Prusia de tal modo, que solo una malevolencia sistemática ó una obcecación completa podían desconocerlo.

El interés de Inglaterra pedía en este asunto imperiosamente lo que explicó en un discurso con una claridad

admirable el célebre orador Guillermo Pitt; solo que este discurso fué pronunciado cuando ya era tarde, es decir, en el mes de diciembre de 1743, en lugar de haberlo sido por lo menos en abril de 1741. Esto quita todo su mérito al autor, pero no disminuye en un ápice la fuerza de sus razones.

En este discurso que se puede leer por entero en las «Anécdotas y discursos del conde de Chatam (1736-1778)» Londres, 1810, dice Pitt:

«Concedo que á la muerte del último emperador de Alemania estaba en el interés de nuestra nación que su heredera la reina de Hungría quedara en posesión de los dominios de su padre y que fuese nombrado emperador de Alemania su esposo el duque de Lorena. Era esta, en efecto, la mejor garantía del equilibrio europeo, y no teníamos entonces mas interés que este que era también el de las demás potencias, excepto Francia. De consiguiente no estábamos obligados á ser los únicos que defendiesen esta combinación; y cuando el rey de Prusia atacó la Silesia, y los reyes de España y Polonia, y el príncipe elector de Baviera hicieron valer sus pretensiones sobre la herencia del emperador, habríamos debido conocer que se había hecho imposible el sostenimiento de la reina de Hungría en la posesión de todos los territorios de su padre, tanto mas, cuanto que los holandeses rechazaron toda cooperación activa fuera de sus buenos oficios. Ya que no podíamos conservar á la reina el patrimonio entero, claro está que debíamos haberla aconsejado que sacrificara una parte para atraer á nuestra causa á algunos de los pretendientes. Así debiéramos haber procedido, y el pretendiente á quien hubiéramos debido contentar primero era el rey de Prusia; ya porque sus pretensiones eran las mas moderadas, ya porque era uno de los aspirantes relativamente mas neutrales, al mismo tiempo que el aliado mas poderoso que pudiéramos escoger entre ellos, y con el cual nos convenía mas entrar en tratos. Por esta razón nos tocaba aconsejar á la reina de Hungría que aceptara las condiciones que le propuso el rey de Prusia cuando su primera invasión en Silesia; y aun habríamos debido insistir en esta aceptación como condición previa de nuestro auxilio contra los demás pretendientes. Si hubiésemos procedido así, ya habría encontrado la corte de Viena fuerza de voluntad bastante para otorgar lo que era forzoso ceder, y en este caso habría continuado la reina de Hungría, estoy persuadido de ello, en posesión pacífica de todos los dominios restantes de su difunto padre á despecho de todos los pretendientes.»

Ya sabemos el peso que para Bartenstein tenía la voz de Inglaterra y hemos de convenir en que la aserción final de Pitt no era demasiado aventurada. De todos modos lo que se hizo en octubre de 1741, pudo haberse hecho en abril del mismo año si la Inglaterra hubiese comprendido su misión y hubiese querido cumplirla honrosamente. En los meses trascurridos entre abril y octubre se causaron innumerables desgracias con una guerra que podría haberse evitado si antes la corte de Viena hubiese aceptado la paz y la alianza que Federico le había propuesto.

Esto en cuanto á los intereses de Inglaterra; la cuestión de los del Hanover fué discutida en el consejo secreto, compuesto de Munchhausen, Hans y Erfia en Hanover, y en 1.º de marzo de 1741 firmaron estos consejeros el siguiente dictámen:

«Militan en favor de una alianza con la Prusia las circunstancias y razones que siguen:

1.º Puede conservarse el equilibrio europeo, por el cual tanto se interesa V. M., aun cuando una parte de Silesia pase á poder de la Prusia.

2.º Tocante al interés de la religión protestante no la perjudica nada que el rey de Prusia ponga el pié en Silesia,

ÉPOCA DE FEDERICO EL GRANDE

pues que la casa de Austria tiene la costumbre de oprimir en sus territorios á esta religión, la cual en la citada provincia cuenta con muchos adeptos.

3.º Un aumento territorial de la Prusia no puede ser del gusto de los Estados vecinos, pero si se realiza por el lado de Silesia es menos peligroso para los territorios hanoverianos de V. M.



Guillermo Pitt. Copia del grabado de Corbutt, sacado del cuadro original de Hoare

4.º Existe la probabilidad de llegar á un acuerdo entre el Austria y la Prusia si V. M. se encarga de la mediación.

5.º Una alianza entre el Hanover y la Prusia ofrece para el primero mas garantías de seguridad y conveniencia que otra alianza semejante entre nuestro país y el Austria.

6.º En cambio es mas peligrosa la enemistad de la Prusia para los territorios alemanes de V. M. que la del Austria.

7.º Atendido que la Prusia solo solicita los buenos oficios de V. M. en la corte de Viena, segun el tenor de la proposición presentada por el consejero secreto Plotho, puede accederse á sus deseos con tanta mas razón cuanto que es muy discutible que la cuestión de Silesia esté en oposición á la alianza ni á la garantía prometidas al Austria en favor de la pragmática sanción, puesto que esta no obliga á las potencias garantes á perjudicar intereses de tercero.

8.º Sin el concurso de la Prusia es tan imposible sostener la organización interior del imperio alemán, como evitar guerras sangrientas.

9.º Es muy probable que la corte de Viena se convenza al fin de todos modos y se arregle por sí sola con la Prusia, en cuyo caso no adquiriría V. M. mérito ni ventaja ninguna y se atraería el odio de esta potencia.

10.º El papel de mediador es en este caso tanto mas plausible, haciéndolo preceder de un tratado de alianza con la Prusia, cuanto que en opinión de este ministerio sería muy difícil resistir con éxito el poder de la Prusia enemiga; mientras por otro lado no implica lo que esta nos pide ningún compromiso ni tiene el carácter de alianza ofensiva contra el Austria.

11.º En el caso de no aceptar V. M. la alianza de la Prusia y el papel de mediador, es seguro no solamente que el Austria apelará al auxilio de la Francia y aun de la Turquía,